

HANS MAGNUS ENZENSBERGER

## Otoño sueco

REPORTAJE IDEOLÓGICO

### 1. Noche de elecciones

“No tiene ninguna importancia por quién votamos y cuáles van a ser los resultados, ¿acaso no somos todos socialdemócratas?”, me dijo el hombre de traje de *tweed* usado y alzó su vaso en mi dirección, un vaso ordinario lleno de vino rojo.

Su observación no me sorprendió. En efecto, la recepción electoral a la que había sido invitado tenía lugar en el barrio de Wasa, en el domicilio de un conocido ideólogo del movimiento obrero sueco, en su tercer piso sin ascensor, y yo tenía la impresión de que habían querido estar en la intimidad para festejar la victoria inminente de Olof Palme. El apartamento estaba amueblado modestamente y sin esmero y era quizás un poco ruinoso, con sus sillas variadas, viejos carteles en los muros y libros sobre estanterías reunidas sin mucho discernimiento. Sobre todo flotaba un perfume de Ikea. En cuartos semejantes viven entre nosotros, en Berlín o en Francfort, las jóvenes parejas de profesores, los autores de obras radiofónicas y los historiadores de arte que han logrado obtener una de esas becas de promoción universitaria que van siendo cada vez más raras.

Esas habitaciones no huelen ni a dinero, ni a prestigio ni a una carrera. Tranquilizado, me hundi en mi asiento para comer un trozo de carne ahumada en su plato de cartón en espera de los primeros resultados. El trabajador intelectual de la República Federal está habituado, sin duda, a vivir en rincones y albergues como éste, cómodos y alejados del poder.

Es cierto que luego, en el bar improvisado en el corredor, un alma caritativa comenzó a iluminarse. El señor con traje de *tweed* resultó no ser de ninguna manera el secretario del sindicato local de maestros sino un temido periodista, autor de acerbos editoriales para el mayor diario conservador del país; el señor vestido con elegancia algo excesiva, que justamente iba a buscar un poco de queso a la cocina, era un arquitecto muy considerado en Estocolmo; la mujer de aire arisco con tenis había estado durante años al frente del Ministerio de Asuntos Sociales; el profesor de dibujo con sienes grises no era un profesor de dibujo sino un ex embajador, e incluso la señora de la cámara fotográfica que tomó instantáneas durante toda la noche sin que nadie se ocupara de ella, no era una periodista cualquiera o la tía del dueño de casa, sino una de las más ricas herederas del reino. Había caído sin sospecharlo en una sociedad que cualquier sociólogo empírico señalaría sin dudar como la élite del poder, incluso aunque los presentes se negaran a recibir tal identificación. “La élite del poder”: una expresión execrable y que en ningún punto del globo, tanto en

Tirana como en Phnom Penh, podía sonar más falsa que aquí, en Estocolmo.

Por algún lado, en un ángulo, hay un aparato de televisión. La animada conversación de los invitados cubre la voz del locutor y los primeros resultados sólo recogen, de tiempo en tiempo, una breve ojeada de los presentes. Ningún rastro de tensión, de excitación, de “fiebre electoral”. Ya había observado, en los días previos a la elección, la inusitada calma con que los suecos toman tanto sus luchas electorales como los estoicos buenos modos de los oradores. En esos momentos, en la mayoría de los países democráticos, la monótona grisura de la política partidaria se transforma en una representación teatral pública. Justa espectacular, carnaval, ritual de purificación —las elecciones son una especie de campeonato de fútbol retórico en el que salen a la luz las agresiones acumuladas y las pasiones reprimidas, válvula para las frustraciones, los fracasos y las decepciones de la cotidianidad política. Sobre todo cuando los pueblos sienten que está en juego su futuro, el combate electoral se parece a un *potlach* destructor, a una gresca a nivel nacional durante la cual está permitido lo que por lo general se prohíbe; la rivalidad abierta, una polarización que ningún miramiento detiene, la explosión del odio, de la insatisfacción y de la hostilidad.

Nadie pretenderá que los suecos carezcan sencillamente de razones para conmovirse. Según he oído decir el presupuesto del Estado acusa un déficit de 78 millones de coronas; todo sueco que lee los diarios sabe que está endeudado por 38 mil coronas, lo que hace un total de 300 millones para la comunidad nacional. En lo que concierne a la desocupación, las estadísticas oficiales hablan de 170 mil desocupados, pero cualquiera ve que se trata de una cuenta fabulosa y que la verdadera cifra debería situarse alrededor de los 500 mil. Por fin, como si todo eso no bastara, el S.A.P. y la L. O.<sup>1</sup> han instalado igual sobre el escenario político, justo a tiempo para las elecciones, un proyecto monstruo, elefante utópico según algunos, King Kong económico para otros: los famosos “fondos de asalariados”, tema de discusión simplemente ideal que en cualquier otro país del hemisferio occidental habría desencadenado una guerra civil ideológica. Según he entendido esta propuesta (no sería yo el único en haberme enredado en el tejido de sus trampas y de sus cláusulas elásticas), vendría a exigir de los capitalistas algo tan simple como audaz: que paguen la cuerda con la que los sindicalistas quieren estrangularlos.

Por supuesto que nadie dice las cosas de modo tan poco educado en un país tan correcto como Suecia. Y, quizás, las intenciones de los autores no sean serias; quizás esta idea no sea más que un globo de ensayo; quizás uno u otro, en la izquierda, se propusieran apenas dar un poco de animación al negocio y ese plan será guardado de todos modos junto con al-

Este ensayo se reproduce con autorización de su autor.

© Le Débat.

gunos venenosos carteles electorales y algunas comisiones de investigación. Poco a poco, una y otra de las personas presentes, que juega al tenis o hace excursiones en verano con Olof Palme, viene a asegurarme que esta idea no tiene al futuro Primer Ministro muy cómodo, ya que en los hechos la ha lanzado para contentar a alguno de los barones sindicales... Sea, pero cuanto más lo pienso, más esas explicaciones también tácticas me parecen cosidas con hilo blanco. En este país no se hacen declaraciones políticas sin hablar de armonía, con las más profundas voces de órgano, y tiene que haber otras razones mucho más poderosas.

Colóquese a un intelectual ante un enigma y lo que se le vendrá a la cabeza, por lo general, será un concepto. Esta vez será el viejo Gramsci quien se apresurará a socorrerme en mi angustia. En sus escritos teóricos, en efecto, el concepto de *hegemonía* juega un papel decisivo. Pues bien, me parece que el partido socialdemócrata sueco está lejos de ser un simple partido entre otros: desempeña un papel hegemónico, es decir, que determina las reglas del juego que todos los demás jugadores deben seguir para sobrevivir políticamente. La víspera de las elecciones, los jefes de todos los partidos representados en el Parlamento participaron en una discusión televisada. Como podía esperarse, fue tan correcta, leal y mesurada que muchos espectadores se durmieron ante su pequeña pantalla. Desde el primer momento se vio bien quién era el jefe en la tribu de los jefes: no el Primer Ministro en funciones, sino el presidente de un partido que, si consideramos la cosa en su aspecto formal, estaba en la oposición. Olof Palme actuó como si fuese el dueño de casa, el campeón, aunque sin jugar todavía ese papel en virtud de su carisma personal o de sus dotes de sofista. (Para ser un soberano, un padre de su pueblo, le falta el peso, es demasiado inteligente, demasiado ágil, demasiado "citadino" para suscitar la veneración e incluso el respe-

to.) Fue, pues, en virtud de su función que dominó la situación. Tuvo la última palabra como representante de un grupo que reina ideológica, moral y políticamente sobre la sociedad sueca, y eso de modo totalmente al margen de la participación de su partido en el gobierno.

Este poder es tal que determina todos los movimientos de sus adversarios. Aquel que se le opone tiene la costumbre de disculparse de algún modo y, a decir verdad, de manera divertida, a menudo sin darse cuenta. Empezando por el propio nombre con el cual se presentan los demás partidos. Así, los conservadores se denominan el "partido de unión moderada"; los liberales, que parecen considerar evidentemente sospechoso su propio liberalismo, se encontraron un nombre más popular, y el viejo partido campesino se disimula por su cuenta detrás de una denominación tan neutra que casi no quiere decir nada.

Un viejo error del marxismo vulgar consiste en creer que el poder político se encuentra en las cajas fuertes de los bancos. Lo que ocurre en las cabezas de los hombres, las leyes no escritas a las que se acomodan y la lengua que hablan pesan, por lo menos, tanto como aquellas. La burguesía sueca no tiene ya ni un lenguaje propio, ni conciencia de sí, ni cultura política. El término "burgués" suena él mismo de modo sospechoso, o por lo menos defensivo. No hay, pues, nada de sorprendente en que los diferentes "gobiernos burgueses" que se han sucedido desde 1976 no hayan hecho, con pocos matices, otra cosa que continuar bajo un rótulo distinto la política socialdemócrata, multiplicando las cargas fiscales, acrecentando los gastos públicos y extendiendo la intervención del Estado. Parecería que en semejante sociedad los ricos tendrían pocas ocasiones de regocijo. Sí, si sólo existieran los impuestos. Aceptarían como correctos ciudadanos pagarlos con puntualidad, aunque no fuese con corazón alegre. Pero lo que les aflige mu-



Gramsci

cho más es que nadie se muestre comprensivo con su difícil suerte. Abren la puerta de su casa con un gesto de disculpa: sólo deben su dinero y su casa al azar y, por así decirlo, a una equivocación. Tampoco se puede decir que se aferran a su riqueza. Por el contrario: más bien les pesa, se ve demasiado y se presta a la incompreensión. Podrían pasar por personas arrogantes, hasta por especuladores, y encontrarían esta reputación indiscutiblemente ofensiva. En una palabra, se sienten superfluos, desestimados, excluidos y, si se recuperan y elevan una tímida protesta, lo hacen con aire embarazado y desprovisto de todo aplomo.

Entre tanto, las filas de invitados se habían raleado. Nadie prestaba atención a las columnas de cifras de la pantalla. Las personas más importantes, que el observador apenas podía reconocer por su discreción llevada al extremo, habían desaparecido desde que la victoria se había dibujado; habían ido, probablemente, al cuartel general del partido, donde se tomaban las primeras decisiones personales. Los que habían quedado estaban en los postres, un excelente helado con bayas salvajes que saboreaban con cucharita en vasitos de cartón, cuando el vencedor de la noche apareció en el vidrio esmerilado de la pantalla. Lo que dijo no era para asombrarme. Ofreció generosamente su "mano tendida" a los adversarios, les recordó paternalmente la necesidad de poner fin ahora al enfrentamiento, prometió a los vencidos que se tendría en cuenta su opinión, ofreció en perfecto buen pastor perdón y reconciliación a todas las ovejas descarriadas y el país pudo pasar al tema del día, en la dulce luz de la hegemonía socialdemócrata.

En cuanto a mí, tomé un vaso de oporto y, en tanto que los últimos invitados abotonaban sus abrigos, caí, vaso en mano, en una larga meditación. Es probable que me haya quedado así demasiado tiempo; cuanto más reflexionaba en esta noche, más este país nórdico me resultaba exótico y maravilloso. Todo lo que había oído durante la campaña electoral me llevaba a concluir que había desembarcado en el reino de la razón y de la comprensión, de la solidaridad y la deferencia. Había asistido a un noble concurso, a lo largo del cual todos los participantes se habían roto la cabeza ante un único punto: ¿cómo ayudar a los desempleados y a los enfermos, a los jubilados y a los desfavorecidos? Aquí nadie parecía pensar en sus propios intereses. Nadie recurría a los instintos bajos e interesados que hacen presa de otras sociedades. Y si pensaba en mi propio país, en Alemania Federal, un sentimiento odioso nacía en mí: la envidia. Mis conciudadanos me parecían una horda de egoístas y de seres asociales, entregados a la dilapidación, a la jactancia y a los sentimientos agresivos.

Parecía en verdad que los socialdemócratas, enfiteutas de esta cultura política, habían triunfado en un proyecto en cuya realización otros regímenes del todo diferentes, desde la teocracia al bolcheviquismo, habían fracasado: el adiestramiento del hombre. Mientras volvía a mi hotel con paso vacilante por las calles desiertas de la capital, me preguntaba cómo habían podido lograr ese milagro. Veía los avisos luminosos de la ciudad, las montañas de mercaderías en las vidrieras, los policías y los borrachos. ¿Tal concordia, tanta solidaridad y olvido de sí mismos en el seno mismo del capitalismo? Caminaba a lo largo de las enormes ciudadelas de ladrillo, de granito y de piedra de Ostermalm con sus torres color cardenillo, esos monumentos vueltos piedra de la burguesía sueca, y —¿debo decirlo?— una duda me heló. Me pregunté cuál era el precio de esta paz, el costo político de esta reeducación y me puse a olfatear por todas partes lo rechazado y su retorno, el olor de moho de una omnipresente, dulce y despiadada pedagogía.

Al llegar al Nybroplan, estaba al borde de una pequeña depresión. Pensaba entonces en un hombre al que había encontrado algunos días antes a unos pasos de allí, en un edificio de escritorios moderno y feo, un advenedizo, un nuevo rico, un *self-made man*. Amigos benévolos me habían prevenido contra ese "horrible sueco". "¿Qué esperas sacar de conocerlo? —me habían preguntado. Es un especulador, un tiburón, un usurero." Sus advertencias no habían surtido efecto; por el contrario, ardía por conocer a este individuo todo negrura que, vendedor de carbón al comienzo de su carrera, había ascendido hasta la cabeza de un *trust*. Me recibió en un escritorio cómodo y algo pequeño burgués, con las paredes cubiertas de cuadros de flamante novedad. Los pliegues dibujados por la risa alrededor de sus ojos se multiplicaron cuando me contó sus fabulosos éxitos. Incapaz de la menor hipocresía, hablaba con respeto de su riqueza, de sus enemigos con un furor contenido y satisfecho y de las campañas periodísticas contra él sin lamentaciones. Cuando me despedí, me tendió el periódico de su empresa. Ocho entre catorce fotografías que lo ilustraban le mostraban rodeado de hombres de Estado que lo felicitaban, de diplomáticos que le transmitían votos y de damas de la alta sociedad ricamente vestidas que le sonreían. Su ingenua vanidad tenía algo de desarmante. Era duro, astuto y un poco vulgar, pero no se podía poner en duda su vitalidad y su arrojo.

Le es difícil a un habitante de Europa Central despojarse del resto de cinismo que necesita para sobrevivir moral e intelectualmente en su país. Quizás esa sea la razón por la que me gustó ese sueco malo. Sus opiniones no me interesan y sus éxitos me dejan frío, pero su existencia me parece ser la expresión de una verdad pasada en silencio. Creo que sus compatriotas le tienen rabia no sólo por los millones que posee, sino también por la desvergonzada franqueza con la que dice su verdad. Hay seres contra los cuales toda solicitud y educación, aún las más filantrópicas, se rompen los dientes. No sé por qué es una seguridad que me tranquiliza.

## 2. La caja de las instituciones

Una hermosa tarde de otoño, en septiembre, algunas docenas de escolares con trapos abigarrados se encontraron en Fridhemsplan; jóvenes corrientes, no los miembros de bandas organizadas y motorizadas. El débil medio punk y anarquista estaba apenas representado por un puñado de delegados. Otros seguían llegando, desembocando del túnel del ferrocarril. Nadie sabía de dónde venían ni con qué intenciones. No existía ningún motivo de manifestación por o contra lo que fuese. Estaban simplemente allí, conversando entre ellos en pequeños grupos dispersos y movedizos. Cuando fueron cerca de un millar, echaron a andar, multitud sin orden de marcha, consignas ni plan preconcebido, en dirección al parque de Rolambshov.

Media hora más tarde, la policía estaba en el lugar —más de cincuenta hombres con coches blindados, matracas y perros, y en un cerrar de ojos esta escena pacífica se transformó en un enfrentamiento pesado de amenazas. Los jefes de operación se proponían dispersar a los jóvenes. Los policías se pusieron a golpear a algunas personas aisladas, los perros comenzaron a agitarse, hubo chichones y ropas desgarradas, luego las primeras piedras volaron. Tres horas más tarde, el parque sumido en la oscuridad estaba de nuevo calmo y desierto.

Hasta la mañana siguiente los habitantes de Estocolmo no supieron, por el diario matutino, el motivo de esta violenta operación contra los jóvenes; a saber, una invención social de primer orden. Algunos muchachos inteligentes habían descu-

bierto una interesante laguna técnica en la red telefónica: se podía, formando los números de ciertas líneas bloqueadas, comunicarse con cualquier otro compañero que estuviese haciendo lo mismo. Los números en cuestión se extendieron como un rastro de pólvora por los centros de enseñanza de Estocolmo y se asistió al nacimiento de una gigantesca conferencia telefónica espontánea. Había nacido un nuevo medio de comunicación de masas: el "hilo ardiente". No cabría emplear las técnicas de comunicación moderna de modo más inteligente. Ignoro si existe un premio cultural de la ciudad de Estocolmo; si lo hay, los desconocidos descubridores del "hilo ardiente" lo merecen más que todos los ambiciosos artistas que practican el "action art" en el reino de Suecia. Lo deberían comprender incluso los bien pagados expertos que, desde hace lustros, aburren al público con las manifestaciones de su preocupación con motivo de la ausencia de finalidades, la débil motivación y la anomia de la juventud de hoy.

Como hemos visto, las autoridades prefieren otra forma de reacción. Porque, después de todo, ¿para qué se tiene perros? Es cierto que las autoridades policiales fueron ligeramente criticadas en algunos artículos periodísticos pesados con mucho cuidado. A decir verdad, los críticos no llegaban ni siquiera a mencionar el hecho de que su intervención representaba una evidente violación de la Constitución sueca, que garantiza a todos los ciudadanos la libertad de reunión y tampoco tengo la impresión de que se le hayan exigido cuentas a alguno de los responsables.

Digamos, después de esto, que la arbitrariedad de la policía, lo sé por experiencia personal, no es de ningún modo una especialidad sueca y por odioso que me parezca todo este incidente, no me demoraría más sobre la estrechez del sentido del orden de las autoridades si el asunto se hubiese liquidado con algunos jeans desgarrados. El terror ejercido por la policía francesa o de Alemania del Oeste (por no hablar de la de Alemania del Este) tomó al fin y al cabo formas mucho más peligrosas, con las que sus colegas de Estocolmo no pueden competir. Pero lo que me parece notable es el abuso que estos últimos cometieron en otro sentido muy distinto. En el caso del parque Rolambshov, no se trataba de ocupación ilegal de alojamiento; no había ni rostros enmascarados ni cocteles Molotov, sino apenas algunos centenares de jóvenes que querían divertirse un poco.

Su único crimen fue no haber recurrido para hacerlo a algunas de las *instituciones* competentes. Si se hubieran dirigido al lugar adecuado, pidiendo permiso para organizar un encuentro para jóvenes desprovistos de finalidades, débilmente motivados e innominados, no se les hubiera respondido con garrotes de la policía sino con subvenciones. Legiones de asistentes sociales, de auxiliares y de animadores se habrían puesto en marcha para ayudarlos a encontrar una forma de comunicación correspondiente a los deseos de la sociedad.

La tesis que estoy adelantando aquí habría de encontrar su confirmación a la semana siguiente. Apenas los chichones estuvieron curados y los jeans reparados, la instancia competente intervino ofreciendo *institucionalizar* el "hilo ardiente" (cita de la administración de los Asuntos Sociales en un artículo aparecido a fines de septiembre en el periódico liberal *Dagens Nyheter*). La lógica de la intervención del Estado es perfectamente clara: primero el garrote, luego la zanahoria. Hay que ahogar la imaginación social de los jóvenes, su actividad autónoma, en una especie de movimiento en tenaza: represión por una parte, estatización por otra. La libertad de movimiento y de comunicación tomada por algunos cientos de jóvenes habitantes de Estocolmo representa, tanto para los po-

licías como para los asistentes sociales, una iniciativa arbitraria que no puede tolerarse.

Los jóvenes, al menos algunos de ellos, lo comprenden con el tiempo. Constituyen entonces un comité que negocia con las autoridades competentes y con el Correo. A partir de ese momento, los perros pueden mantenerse en las perreras; sólo habrá obsequiosidad y comprensión para con los corderos que encontraron el camino de su redil.

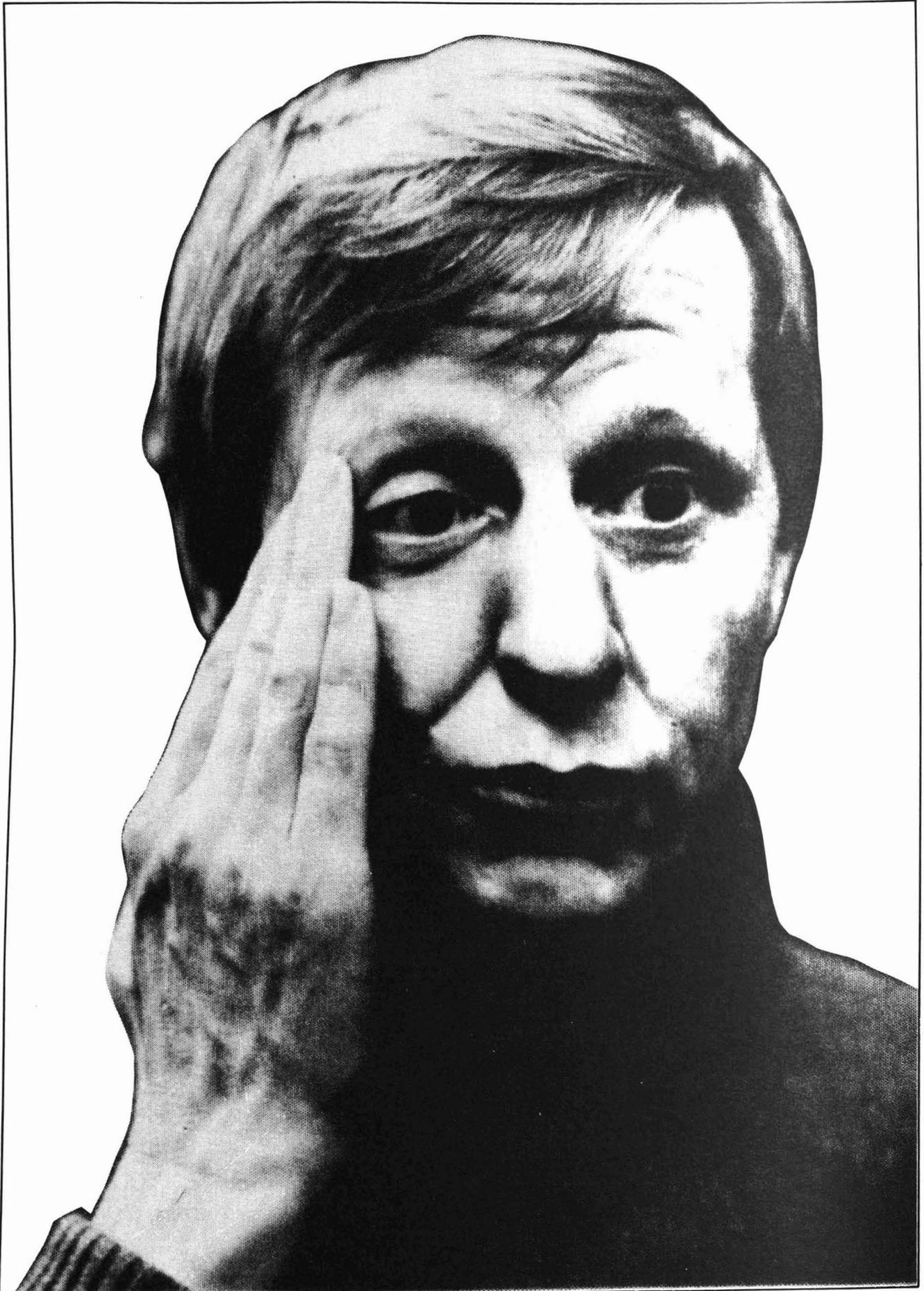
Max Weber llamaba "la jaula de las instituciones" a ese redil. En eso no hay nada de nuevo: nosotros, habitantes de los Estados industriales modernos, estamos desde hace mucho adaptados a la obligación de pasar nuestra vida en un laberinto de muros visibles e invisibles y de ver a la burocracia crecer irresistiblemente con la grandeza y la complejidad de nuestras sociedades. La crítica de este estado de cosas se ha vuelto trivial. La resistencia que le oponemos es, la mayoría de las veces, tan muda como inútil por una razón muy simple: su gran indecisión. Ya que lo que nos limita y nos abruma es también, precisamente, lo que promete aliviarnos, protegernos y reducir la complejidad. Ahora bien, hemos comenzado, en general, por delegar en el Leviatán burocrático el poder de disponer de nuestra propia vida. Le exigimos la restitución. La libertad nos parece un riesgo demasiado elevado y, en los hechos, el individuo apenas puede aún soportarla.

No encuentro nada que sea específicamente sueco en este dilema. Y, sin embargo, el análisis teórico no da cuenta del carácter particular de las estrategias que se emplean para suprimir en ese país, repasando, por así decirlo, el conflicto fundamental entre los hombres y las instituciones en el cuadro del cual viven... Ambas partes se enfrentan, en efecto, en un estado que en otras partes sería impensable: el estado de inocencia histórica.

Los ciudadanos suecos, ya se trate del "hilo ardiente", del alcoholismo, de la educación de sus hijos, del urbanismo y de la salud o de los impuestos que golpean sus salarios, siempre están prontos para considerar sus instituciones con un ojo tan cándido y confiado como si su calidad fuese absolutamente indiscutible. Actitud que parecería incomprensible a un español, a un irlandés, a un italiano o a un francés: hace bastante tiempo, en efecto, que escepticismo, mal humor y desconfianza se han convertido en la segunda naturaleza de los ciudadanos de esos países y, desde hace algunas décadas, los propios alemanes, de los que se dice que mantienen en especial buenas relaciones con la autoridad, no pueden ya rivalizar en este aspecto con los suecos.

Por lo demás no se equivocan al hacer esta suposición. Las instituciones, cuyos bloques de cemento han ocupado el centro de todas las ciudades, encarnan un poder bastante extraño, pero siempre afable; más aún, es justamente esta afabilidad lo que las vuelve inatacables. Así las instituciones ven que les cae en el reparto una inmunidad moral que otras sociedades no conocen. Limitar el poder del bien, controlarlo, defenderse de él; sólo los malvados pueden darle importancia a tales fines. No hay entonces nada de sorprendente en que este poder crezca de manera irresistible, penetre por todas las fisuras de la vida cotidiana y reglamente los sentimientos de los hombres en una medida que no tiene igual en las sociedades libres.

Cosa que ha permitido también a los aparatos institucionales confiscar no sólo la mayor parte de las ganancias, sino también los valores morales de los ciudadanos. Son ellos los que se encargan de la solidaridad y de la igualdad, de la protección y de la asistencia, de la justicia y de las conveniencias —cosas todas demasiado importantes para que se las pueda abandonar a gente ordinaria.



Hans Magnus Enzensberger.

Una razón impersonal parece reinar sobre todas las manifestaciones de la vida. Desciende en una red de finas ramificaciones hasta la última célula sindical y la última casa campesina. La forma más típica de su manifestación es la agencia gubernamental. Nadie en Suecia ha podido decirme el número exacto de esos saurios administrativos; un diputado consideraba que eran setenta y cinco, un profesor de derecho público hablaba de doscientos. Sin embargo, todos los que interrogué estaban de acuerdo en un punto: todos esos organismos —las comisiones, oficinas, autoridades, unidades, direcciones y agencias— gozan de una autonomía apenas imaginable en otros países. El Parlamento ejerce sobre ellos una vigilancia extremadamente tímida y, cuando el ministro competente se arriesga a intervenir en su funcionamiento, logra que lo pongan en su lugar. Tengo la impresión de que han tomado la idea que se hacen de sí mismos y de su papel de la época del absolutismo iluminado. Son como enormes e ingeniosas construcciones un poco arcaicas, como una maquinaria de teatro de Polhem que, aunque rechinando pesadamente, mantiene en movimiento los engranajes del Estado, mientras que los políticos se entregan en la escena a sus simulacros de combate.

Todo ocurre como si los funcionarios que los dirigen estuvieran por encima de los partidos, lo que también podría decirse de la gente que está a la cabeza de las centrales sindicales. Creen poder hablar y actuar no sólo en nombre de sus instituciones, sino también en nombre de toda la sociedad. Algunas frases sobre las que ponen el acento una y otra vez, tales como: "Aquí debe intervenir la sociedad", "La sociedad no puede permitir esto", "La sociedad debe preocuparse de eso", etc., vuelven siempre en sus declaraciones. Si se examinan esas frases de más cerca, se comprobará que la palabra "sociedad" significa en ellas lo mismo que "la institución que yo represento."

El buen pastor, para volver a él, está siempre convencido de tener razón, puesto que quiere siempre el bien del otro. Se siente simplemente sostenido por el hecho de que sabe todo mejor que los otros. Sobre tal o cual punto puede, claro, dar marcha atrás por táctica, cuando choca con la crítica, pero se aferra, sin dejarse apartar, a su idea fija; estaba y sigue estando decidido a hacerla pasar, la próxima vez, por otro lugar. No es que el buen pastor sea absolutamente infalible; es infalible la totalidad ideal, que él representa siempre de manera defectuosa y provisoria. Educador hasta la médula, sabe también que nunca alcanzará su propósito, el mejoramiento del hombre, sino parcialmente, que tendrá que mostrarse paciente con sus alumnos si carecen de inteligencia. No es fácil juzgar al buen pastor. Y eso por la ambigüedad de su acción. Ofrece un servicio y un grado de asistencia existencial sin precedentes, pero ejerce también un "terror dulce" que me aterrera. Es fácil indignarse contra él cuando quita niños, encierra a periodistas o lanza sus perros contra jóvenes, naturalmente con las mejores intenciones, pero cuando promete sillas de ruedas gratuitas y da a las mujeres iguales derechos que a los hombres en los lugares de trabajo, recoge aplausos. Quizás sea imposible hacerle justicia de manera objetiva. Quizás sea así: se es buen pastor o no se es. Según el punto de vista, se considerará con satisfacción o con angustia la tasa de crecimiento de esta figura social. Dado que el buen pastor no es un individuo, es él mismo un ser colectivo que se reproduce tan rápido como los conejos; no encontramos ningún otro sector social susceptible de acusar semejante tasa de crecimiento. Y la bondad del pastor se detiene, a lo sumo, en el punto preciso en que su propia existencia corporativa está en juego. Entonces, ya no entiende la broma.

La organización central de los cuidadores de niños funcionarios parece haberse elevado energicamente, hace tiempo, contra un grupo de padres suecos que habían expresado su intención de ocuparse por sí mismos del futuro de sus niños. Un empecinamiento tan desvergonzado, decían esos buenos pastores, no sólo pone en peligro nuestros cargos, sino que amenaza igualmente los fines filantrópicos de una sociedad solidaria.

Creo recordar que, en la noche de los tiempos, uno de los ideales de la izquierda era liberar a los hombres de su estado de minoría. A decir verdad, nunca he entendido del todo por qué, en numerosos países, entre los cuales, según creo, hay que contar a Suecia, la adoración del Estado se ha vuelto un credo de la izquierda, mientras que la tendencia a la autodeterminación se convertía en la quintaesencia de la insensibilidad burguesa.

### 3. La Constitución desconocida

Una mañana maravillosamente transparente —desde el Riddarsholmen se ven brillar con todos sus dorados las flechas de los campanarios de la capital—, el *Regeringsrad*<sup>2</sup> Gustaf Petrén, uno de los más altos magistrados suecos, está sentado en su escritorio de la Birgel Jarls Torg. Tiene sin duda algo mejor que hacer que oír las preguntas de un ignorante de paso y me muestra con un gesto de excusa el piso de la habitación cubierto de expedientes.

Pero, a partir del momento en que se pone a hablar de los fundamentos del sistema político que reina en Suecia, este hombre poderoso, de cabellos alborotados y cejas desgreñadas, se olvida de mirar la hora. El tono medido propio de la rutina del funcionario le es ajeno y resulta raro el compromiso sin reserva de un jurista nato que se manifiesta en él. "En Suecia —me dice— la justicia no es mucho más que una rama de la administración. Los jueces vienen por lo común de la administración y se consideran como elementos del aparato. Radican su misión menos en la protección del ciudadano contra el Estado que en la del Estado contra el ciudadano. ¿Recuerda usted, quizás, aquella pretendida ley de excepción que debía prohibir al público presentar quejas contra los altos funcionarios?" Oí hablar de eso; pero sé también que esa ley, adoptada por un Parlamento dormido, fue abolida enseguida. "Sí, el Parlamento está sin duda algo desbordado en su trabajo —observa secamente Petrén—. Conozco a lo sumo una media docena de diputados capaces de comprender los proyectos sobre los que tienen que pronunciarse."

El sarcasmo de que hace gala el magistrado no lo arrastra a pensar de un modo lineal; posee una inteligencia demasiado dialéctica y demasiado flexible para eso. Movidio por una inquietud eminentemente productiva, salta de un tema a otro, subrayando un buen aspecto, una ventaja del sistema, o criticando duramente lo que le parece falso. Emprende rápidas excursiones por la historia y va a buscar ejemplos y puntos de comparación en otros países. A menudo no sé si sus argumentos son irónicos o serios. "La ley de excepción —comenta de paso— tenía por lo menos algo de bueno: alrededor de quinientos señores podían dormir tranquilos sin que un montón de liosos les hiciera la vida infernal." Siempre he sospechado que un buen jurista debía poder convertirse fácilmente en un buen satírico. "Nuestro sistema —sigue Petrén— tiene bases muy antiguas que remontan a la época de Oxenstierna.<sup>3</sup> La idea de la separación de los poderes le es desconocida. La doctrina sueca del Estado no se preocupa de los *checks and balances*, sino de la continuidad de una administración imparcial. Por lo tanto, tenemos más bien un Estado legal que un Estado

constitucional. Entre nosotros quien se asegura demasiado sus derechos pasa por formalista.”

Objeto que la institución del *ombudsman* es, sin embargo, un invento sueco.

“Déjeme tranquilo con esa historia —replica el juez irritado—. Fui durante años *ombudsman* de justicia y todavía podría serlo ahora, quizás. Pero perdí el gusto por esa función después de que en 1976 le quitaron al que lo ejerce todos sus poderes. Desde entonces, las autoridades pueden ignorar con toda autoridad el veredicto del J. O., cuya actividad amenaza con verse reducida a secar sus lágrimas. No he querido mezclarme en eso.” Una secretaria le ha traído su almuerzo. Esa frugal comida, constituida por un sandwich de tomate, queda en su sobre de plástico sobre el escritorio en donde quedó colocada: el juez ni siquiera parece concederse una taza de té. Me digo que quizás ya es hora de despedirme, pero el señor Petré n me hace señas de que no. Entregado a su tema, olvida su comida.

“En caso de duda, siempre el ejecutivo tiene la palabra en Suecia. El papel del Parlamento es muy relativo. Los expertos de las agencias gubernamentales elaboran los proyectos de ley, o los expertos de las comisiones. También los ministros tienen una influencia relativamente débil. Sólo pueden decir algo en el gabinete, e incluso ahí, predomina la voz del Primer Ministro, que tiene una posición muy fuerte. El proyecto pasa enseguida ante el comité competente, después que el Parlamento le da casi automáticamente su bendición. Es muy raro que él mismo presente proposiciones.”

Pregunto si esta distribución de los poderes corresponde a las normas de la Constitución.

“Oh, usted sabe, en Suecia nadie se interesa en la Constitución. Nadie la conoce. También eso tiene razones históricas. La Constitución en vigor hasta los años setenta fue instituida desde arriba, a fin de legitimar un golpe de Estado —acontecimiento en el que el pueblo no había tenido ninguna participación. Ni siquiera ha sido retomada en el código sueco. En la letra, el sistema parlamentario no fue introducido en Suecia hasta 1969. En la antigua Constitución, el rey ocupaba una posición central de veras. Eso no le gustó a los políticos que decidieron darle todo el poder al pueblo para hacerse lo restituir, es cierto, de una sola vez por el mismo pueblo. Por lo demás, en el proyecto de la nueva Constitución, se olvidarían por completo de incluir el catálogo de los derechos civiles y políticos —sólo se reparó este descuido cuando algunos se dieron cuenta. Sin duda es también característico que, tanto la nueva Constitución como la antigua hayan sido adoptadas sin que el soberano, es decir, el pueblo, haya tenido la posibilidad de pronunciarse sobre ella.”

Agradecí a este hombre sincero y me retiré apenado por el pensamiento de que ahora iba a tener que consagrar toda su sagacidad a un montón de legajos polvorientos. Mientras comía su panecito, inclinado sobre los documentos, los excelentes restaurantes de la ciudad vieja se llenaban de elegantes hombres de negocios que, hacia las tres y media, después de un almuerzo que satisfizo a su pequeño círculo, cerrarían su portadocumentos y sacarían sus tarjetas de crédito.

Entre tanto fui a dos o tres librerías cercanas en busca de un ejemplar de la Constitución sueca, pero mi deseo sólo encontró por todas partes turbadas lamentaciones. Por último, me acordé del ancla de misericordia de todos los extranjeros ignorantes, el Instituto Sueco. Después de largas búsquedas en el depósito, una elegante señora me entregó el objeto de mis deseos, en sueco y en inglés y, lo que es más, gratuitamente, y me volví al hotel para estudiar el documento.

Me da mucho placer la lectura de las constituciones. En

modo alguno conocedor sino gustador de la materia, encuentro, sin embargo, que se trata de una de las invenciones más notables del siglo de la burguesía. La afirmación de mis amigos marxistas ortodoxos, que ven una maniobra de disimulo de la clase dominante y una simple formalidad, siempre me ha parecido estúpida. Leí, pues, con placer los dos primeros capítulos sobre la *Regerinsform* (forma de gobierno), donde se trata de los derechos fundamentales de los suecos. Uno encuentra incluso una declaración de intención que falta en las leyes fundamentales de otros países: “Le corresponde muy especialmente a la autoridad pública asegurar el derecho al trabajo, al alojamiento y a la instrucción y actuar en pro de la previsión y de la seguridad social y de un marco favorable de vida.” Ahí aparece, sin duda, así como en la ausencia de una garantía formal de la propiedad, la expresión de lo que podríamos llamar la hegemonía socialdemócrata.

En cuanto al resto, tuve que comprobar desgraciadamente que el señor Gustav Petré n tenía razón. Me parece molesto sobre todo que la ley fundamental sueca no hable de un tribunal constitucional. ¿Qué ocurriría si el Parlamento, el gobierno u otra autoridad cualquiera pusiese en vigor una ley, un decreto o una ordenanza contraria a la Constitución? Y bien, no pasaría nada, porque: “Si el tribunal u otro organismo público estima que una ordenanza está en contradicción con lo que está estipulado en la Constitución... esta ordenanza no deberá ser aplicada. Si el Parlamento o el gobierno ha detenido dicha ordenanza, no se deberá dudar, sin embargo, en hacer su aplicación, salvo en el caso en que el vicio es manifiesto” (XI, 14). Una regla tan singular que nadie ha pensado en emplearla hasta ahora.

Todavía otros aspectos de esta “forma de gobierno” hacen aparecer la turbación y el compromiso —así, la sección consagrada a la monarquía El pobre rey es tratado allí como un comparsa: se llega a eliminar su título en el encabezamiento del capítulo, no se le reconoce ningún derecho, limitándose a una pedante lista de limitaciones, como si a la vez se quisiera conservar al “jefe de Estado” y desembarazarse de él.

En el conjunto, ese texto da más bien la impresión de ser el resultado de un aburridor ejercicio impuesto. Hasta un extranjero que chapurrea el sueco no puede dejar de impresionarse por la sequedad de esta prosa, sobre todo comparándola con las magníficas formulaciones de los antiguos juramentos y compromisos reales.

Hace pensar dolorosamente en la interminable e incomprendible verborrea que podemos ver pintada sobre inmensos paneles azules y que tiene como fin impedir a los automovilistas que utilicen las calles y plazas. El estudio de estas prohibiciones de estacionar exige a veces tanto tiempo que uno seguramente habrá encontrado un lugar antes de haberlas leído y entendido, dilema lógico al que sólo escapa quien está pronto a entregar doscientas coronas a los autores de dicha prosa.

Quizás los suecos tengan razón en pasar con una resignada sonrisa sobre esa y otras ineptias. Quizás mi predilección por el estudio de las constituciones no sea más que una obsesión típicamente alemana nacida de la historia desgraciada de un pueblo que tiene demasiadas razones para temer como a la peste a sus propias autoridades.

Es posible que tales discusiones no sean necesarias en Escandinavia y que, fuera de un pedazo de papel, existan otros recursos cuando se trata de defender su libertad. Existen constituciones de agradable lectura incluso en las dictaduras latinoamericanas. Es sabido que Stalin, al mismo tiempo que se aprestaba a someter a la Unión Soviética a un inimaginable terror masivo —es decir en 1936— hizo elaborar una Constitución que garantizara a los ciudadanos de ese país todos los de-

rechos del hombre posibles. Entre el derecho constitucional y la realidad constitucional, puede haber abismos y esto, que es válido en sentido negativo, lo es también en sentido positivo. ¿Por qué habría que dejarse dominar por los aspectos opresivos del país legal mientras que el país real sigue viviendo en la actividad, la libertad y la despreocupación?

Dejando de lado los libros, miré por la ventana, más allá del resplandeciente lago Mälaren, esta ciudad soberbia en la luz oblicua del sol de octubre. Sobre la mesa chisporroteaban los extractos de artículos de periódicos de mis pequeños archivos, artículos que arrojaban una luz cruda sobre las paradojas de la libertad sueca, y yo recordaba perplejo la retórica de los críticos y toda su fiebre. Sus ataques testimoniaban la fatuidad de los organismos oficiales, la estupidez de la burocracia y la estrechez de espíritu del poder. Se leía los artículos, se los discutía durante algunos días y después no se hablaba más.

Su tono, a menudo penetrante, me parecía algunas veces histérico —lo que probaba que eran minoritarios. Cuanto más concretos eran sus ejemplos, más firmemente convencido estaba de que tenían razón. Sólo cuando trataban de expresar su inquietud con ayuda de conceptos lo que tenían que decir me parecía extrañamente pálido. Habían ido a buscar su madera de construcción teórica en otras sociedades, muy lejanas, y hablaban de colectivismo, de corporativismo, de totalitarismo. Comprendía demasiado bien lo que entendían por eso, pero conocía algunos de los regímenes en los que esas abstracciones se habían vuelto realidades y el conocimiento que de ellos tenía no era libresco.

Miro por la ventana y pienso en las ciudades despobladas de Värmland, en los chicos de catorce años que arrancan los audífonos de las cabinas telefónicas de la Sergelstorg y en las queridas viejas damas locas que andan por los parques rocosos del Södermalm. Trato de representarme la vida verdadera de los verdaderos suecos y más la vista más allá del lago Mälaren se oscurece y menos creo, a pesar de mi mejor buena voluntad, en los que se sienten remitidos a la Italia de Mussolini o a la Alemania de Honnecker cuando reflexionan en los problemas de este extraño país. Enciendo la luz y hojeando una vez más estos artículos inteligentes y serios de apremiantes argumentos, creo comprender de golpe lo que vuelve sus análisis tan áridos y desprovistos de sombras. Han olvidado algo: el pasado. Eso les da a sus explicaciones ese aliento corto y chato. Oh, no soy de esos con vocación de distribuir consejos que no le han sido pedidos, sólo hablo entre dientes, diciendo simplemente lo que me pasa por la cabeza. Y digo por ejemplo esto: quien pretenda ignorar la historia de Suecia será incapaz de resolver el enigma que plantea su presente.

#### 4. El muro de los lobos

A menos de dos horas de Estocolmo, en el norte de Uppland, el campo sueco da la impresión de estar desierto y deshabitado. Pero se trata de una impresión engañosa. El que se pusiese a cavar encontraría lugares prehistóricos y encontraría aquí los cimientos de una iglesia abandonada, allá los restos de una fragua. Armado de paciencia y con un buen mapa, el viajero descubrirá incluso algo más en el corazón de esta región boscosa uniforme y monótona: una pequeña maravilla de los comienzos de la civilización industrial. Löfsta Bruk, hoy día ciudad perdida en su sueño tranquilo al margen de las grandes vías de comunicación, muestra a los ojos del visitante que desembarca del presente la imagen casi intacta de una comunidad utópica del siglo XVIII: en el centro, rodeada de un viejo parque, la casa del amo se refleja en un gran espejo de agua, elemento de un sistema hidráulico ingenioso que ponía las

fuerzas de la naturaleza al servicio de la razón humana. Más allá del agua, el ordenamiento simétrico de las habitaciones de los administradores, de los herreros y de los jornaleros; al lado, la escuela, la farmacia, el domicilio del doctor; la torre de madera, cuya campana llamaba a la comunidad al trabajo, y la iglesita, tan modesta como magnífica, realizada por uno de los más hermosos órganos barrocos de Europa del Norte.

La fundición, verdadera razón de ser de ese lugar fantástico, ya no existe; sus últimos vestigios fueron abatidos en los años treinta. Sólo los viejos grabados que dormitan en la inaccesible biblioteca del castillo podrían darle al visitante una imagen concreta de la energía técnica de sus constructores. Todavía hoy parece un milagro que ese país estructuralmente pobre y subpoblado haya podido ser, hace tres siglos, uno de los primeros países exportadores de hierro y de acero del mundo. Esta hazaña tecnológica habría sido impensable sin la imaginación social que ha cristalizado en la realización del proyecto de esas comunidades del *Bruk*<sup>4</sup>. La empresa ponía a la disposición de cada uno de los que vivía allí, para él y para su familia y para toda su vida, el lugar de trabajo y el alojamiento, la formación escolar y los cuidados del alma, la ayuda médica y la asistencia en la vejez. La voz de la cultura, dicho de otro modo, el canto de los órganos de Johan Niclas-Cahmans —tubo obstruido, suministro, caramillo, quinta ruidosa, voz humana— estaba también a disposición de todos. Habría que ser sordo y ciego para no reconocer en esta autopsia patriarcal la base misma del Estado-providencia sueco moderno.

Löfsta Bruk es un enclave en un desierto salvaje, un marco de orden, seguridad y disciplina. Un alto muro amarillo lo separa del mundo exterior, donde están al acecho las fuerzas insondables de la animalidad. Ese muro tenía además de su sentido simbólico una finalidad práctica: protegía a la comunidad de los lobos.

L., una joven de diecisiete años originaria de Västerås, se interesa apasionadamente por la historia de su país; quiere llegar a ser historiadora. Dos años antes de su bachillerato, su maestra le explica que anda errada. “¿Qué vas a hacer con todo ese fárrago perimido? ¿Crees que tenga alguna importancia? Harías mejor ocupándote del futuro. La historia no es una verdadera materia, mira el programa: ¡instrucción cívica (*samhällskunskap*) y más instrucción cívica! ¡Hay que concentrarse sobre la instrucción cívica!”

La guía de los museos de Estocolmo de Bo Wingren menciona cuarenta y nueve instituciones, desde la Liljevalchs Konsthall hasta el museo del tabaco, pasando por Millesgården y la colección de la historia de la medicina. Podemos admirar viejos instrumentos de cervecería, viejos telares artísticos, viejos cañones, viejos cuernos de postillón, bronceos chinos, el escritorio de Strindberg, los auténticos cepillos de ropa y los falsos Brueghel de la condesa von Hallwyl, motocicletas de los años veinte y mariposas exóticas. Únicamente la historia de Suecia no tiene museo. Cualquiera que, en la esperanza de aprender algo sobre la fabulosa expansión del poder sueco en el siglo XVII, hiciera la peregrinación al museo de Narva-vaägen, tendría una violenta desilusión, las colecciones de ese museo, más orientadas hacia la etnografía y la historia de las civilizaciones que hacia la política, sólo llegan hasta el comienzo del reino de Wasa. Después se abre un vacío en el que nadie parece interesarse.

¿Rechazo ideológico! ¿Autocensura? ¿Miedo de un pasado que no encaja con la imagen de sí mismo que se querría esbozar? Sea como sea, la memoria oficialmente aprobada parece no remontarse más allá de los años setenta del siglo pasado, ya que en cambio se le atribuye una gran importancia a la histo-

ria social de los movimientos populares, de los sindicatos y de la socialdemocracia. Está explotada en películas y libros escolares, monografías científicas y exposiciones, novelas y folletines televisados, y no es raro ver cundir en esas representaciones un cierto triunfalismo, a partir de la fórmula muy comprensible, claro, pero fariseica, “de las tinieblas a la luz”.

Tiene uno la impresión de que precisamente las más hermosas realizaciones de su país inquietan, para no decir que molestan, a los intelectuales suecos. Hay historiadores que pretenden que Suecia es el más viejo Estado nacional, en el sentido moderno, del mundo. En ninguna otra parte los “abigarrados lazos feudales” de los que habla Marx en el *Manifiesto*, se rompieron tan temprano en provecho de un Estado central con organización rígida. Oxenstierna, ese genio administrativo de primera magnitud que inventó doscientos años antes de Napoleón el sistema de los prefectos, envió a todas las regiones del reino gobernadores investidos del poder ejecutivo y que incluso podían disponer de medios militares para imponer la política del rey contra los intereses de la región; también creó, entre otras cosas más, el primer atlas nacional y la primera banca central del mundo. ¿Todo eso tiene o no implicaciones en el estado actual del país, en los problemas de sus instituciones? ¿Por qué nadie se interesa en la llamada “era de la libertad”,<sup>5</sup> con sus “luchas de partidos” supuestamente insoportables y su “caos” tan deplorado y sin embargo tan productivo? Sin duda hay que ver un signo loable de la solidaridad internacional de la socialdemocracia en el hecho de que los escolares suecos sepan más sobre la opresión y la explotación en el Tercer Mundo que sobre la época de su propia historia en que Suecia era una gran potencia, pero quizás tengamos una respuesta a la pregunta de por qué Suecia es lo que es estudiando el sistema de *apartheid* en África del Sur y los movimientos de liberación en América Central? Me limito a plantear el punto.

“La liquidación de su propia historia —me decía un historiador noruego— es quizás el mayor error ideológico de la socialdemocracia sueca. ¿Cómo una nación tan antigua puede saber lo que hace si no sabe lo que ha heredado? Este olvido sistemático tendrá consecuencias malas, a más tardar en los tiempos de crisis que se avecinan.”

El diputado B., tres días después de las elecciones, me tiene un papel por encima de su escritorio. “Esta es la única prueba escrita de mi calidad de representante elegido del pueblo sueco”, me dice encogiéndose de hombros. Miro de más cerca el documento: ha sido redactado por una computadora, establecido por la administración de Finanzas y firmado por un empleado de escritorio cualquiera. “Como ve, entre nosotros un diputado no es gran cosa”, dice M.B.

Es mi turno de mostrarme sorprendido, yo, el habitante de Europa Central cínico y de cuero duro. El modo, en su tecnológica sordidez y su desagradable racionalidad, me parece inconcebible. “Antiguamente —agrega el diputado con un gesto desdeñoso, esas piezas se establecían en nombre del rey.” A un extranjero le cuesta comprender que la responsabilidad de las elecciones haya sido confiada precisamente al fisco, una institución que en cualquier otro país ya habría sido hace tiempo presa de las llamas si tuviera exigencias tan insolentes con los ciudadanos y mostrara tal inclinación al embargo como en Suecia.

Sin embargo, mi repulsión a la vista de la ficha de computadora de M.B. nada tiene que ver con las tasas de impuestos suecas. Lo que me parece escandaloso es el desprecio brutal de todas las formas simbólicas que se expresa en esta notificación. La burocracia le expresa en negro sobre blanco al Parla-

mento que no tiene que extraer ninguna vanidad de su alta función y que no existe a sus ojos más que una sola y única regla: Aksel Sandemose Janteloven (“No debes creer que eres algo, no debes creer que alguien se ocupa de ti, no debes creer que puedes enseñarnos algo”).

La destrucción de la forma es un índice suplementario de que la conciencia histórica de esta sociedad está amenazada de ruina. La cultura hegemónica de la socialdemocracia ha olvidado la dimensión simbólica, sin la cual no hay política. Error que un día puede costarle caro.

M.B., por su parte, es miembro del partido conservador. Sin embargo, da la impresión, con su eficacia militante y su aire elegante y glacial, de ser más un elemento del problema de que hablamos aquí que un elemento de su solución.

Lesjöfors, en el Värmland, donde todavía trabajan hoy casi dos mil personas, es una comunidad típica del *Bruk*. Pese a enormes esfuerzos de modernización, la fundición está en parte pasada de moda y sufre mucho la crisis estructural de esta rama de la economía. Durante un siglo, su situación fue ideal: el mineral provenía de minas suecas, los bosques ofrecían carbón de leña y el agua, energía barata, mientras que los ferrocarriles y los grandes canales aseguraban el enlace con los mercados. En la época del “viejo barón”, que tenía costumbre de visitar a caballo la fábrica de laminación los negocios todavía marchaban bien y el *Bruk* podía encargarse de todo lo que la comunidad necesitaba: construcción de alojamiento y comercio minorista, canalización y aprovisionamiento de corriente eléctrica, pastoreo, escuela, farmacia, distribución de agua e iluminación de calles. El *Bruk* era para todos empleador, seguro de enfermedad y asilo de ancianos a la vez y nadie se iba con las manos vacías, ni siquiera el coro, la asociación deportiva o la fanfarria.

Hoy, esta empresa de rica tradición está al borde de la ruina. Cuando la familia de los propietarios estuvo a punto de renunciar, los obreros decidieron tomar el negocio en sus propias manos. Pero, después de abrumadoras negociaciones, todavía faltaban 30 o 40 millones de coronas de capital.

A fines de septiembre, incluso antes de que se formara el gobierno, una delegación bajo la dirección de Gerard de Geer partió para Brommersvik, en el Sörmland, donde los dirigentes de la socialdemocracia deliberaban a puertas cerradas en una casa de los sindicatos. (Olof Palme posee allí, desde hace muchos años, un pequeño alojamiento en una casa de guardias.) Se dice que la delegación no fue recibida sino después de negociaciones bastante largas. El gabinete no estaba constituido aún y ninguno de los responsables tenía ganas de prejuzgar sobre el programa del gobierno con una decisión *ad hoc*. Después de una larga deliberación se rechazaron las reivindicaciones de la gente de Lesjöfors. Se separaron en una atmósfera de abatimiento. El ministro de Finanzas designado volvió a Estocolmo.

Pero los de Värmland no se dieron por derrotados. Dos viejos militantes del sindicato de metalúrgicos invitaron a Palme a dar un paseo por los bordes del Ingaren. Cuando regresaron en el crepúsculo azul-gris, el futuro Primer Ministro había tomado por sí solo su decisión: la gente de Lesjöfors obtendría sus treinta millones.

Esta historia sólo puede ser una leyenda, aunque quizás no lo sea. Pero su sentido es claro. El *Bruk* sueco está en dificultades y el gerente trata de salvar lo que puede ser salvado, mientras que detrás del muro de la comunidad aullan los lobos de la concurrencia, del endeudamiento y del paro — los lobos de la crisis.

## 5. La crisis

Basta haber oído demasiado a menudo una opinión para que parezca sospechosa. Los suecos adoran el consenso, son acomodaticios, por no decir conformistas y hacen gala de una conmovedora confianza en sus gobiernos. Incluso se les atribuye cierta inclinación a la propia satisfacción y, según se dice, ponen la seguridad por sobre todo. Semejantes juicios rara vez están del todo desprovistos de fundamentos, pero en el fondo tienen la consistencia de los rumores. Quizás es de veras así y quizás no. Quizás el que sigue haciéndolos correr sin más no observa los síntomas del cambio, los sutiles signos precursores del futuro; quizás precisamente lo importante se le escapa.

La mayoría de los suecos que encontré durante este otoño era gente diferente. De modo más o menos rápido, tímido o con vehemencia, víctimas de la pena o de la cólera, expresaban su duda frente al Gran Modelo, a esta mejor sociedad posible que todavía hace veinte años parecía haberse adelantado hasta el alcance de la mano.

Naturalmente, los partidarios plenos de fe en ese proyecto no desaparecieron de un día para el otro. Hay muchos, sobre todo en las centrales sindicales y entre los cuadros superiores de la socialdemocracia, aferrados hoy como ayer a un optimismo loco. "Podemos estar orgullosos de lo que hemos hecho —dicen— y haremos todavía más." Firmemente convencidos de que todo será así, se proponen actuar contra el creciente malestar de la sociedad sueca aumentando la dosis de su medicamento. Lo que en el dominio económico significa: más *deficit spending*, más elevados gastos estatales, un control acrecentado, el crecimiento a todo precio. Anna Hedborg,

por ejemplo, economista sindical de primer plano, explica el creciente desempleo de la manera más simple: es "un resultado del desequilibrio regional, de un reparto rebasado de los roles femenino y masculino, de falta de formación, de descuido en materia de cuidado de niños y de reticencia a pagar los impuestos". La solución también es simple: todavía más asistencia, más dirección central aún, todavía más Estado. Y cuando le preguntan si no ve límites a la riqueza industrial ni a la asistencia estatal, contesta llanamente que no y que no es la única en pensar así. Un consejero del Primer Ministro me ha asegurado que todavía en el futuro, Suecia podría servir de modelo a toda Europa, dado que la disciplina, la corrección y la unión permiten obtener sin cesar importantes tasas de crecimiento. Los tecnócratas de derecha e izquierda coinciden en esta seguridad, incluso aunque se opongan al método.

Sin embargo, podría ocurrir que su confianza los coloque en una posición un tanto aislada. Ocurre que los pueblos preceden a los ideólogos y que sus presentimientos van más lejos que las doctrinas con las cuales los políticos quieren regalarlos. Puede ser que la crisis sueca sea más un problema pasajero de soltura de tesorería, que una depresión económica intermediaria, susceptible de ser tratada mediante fórmulas tradicionales ya probadas. Puede ocurrir que la sociedad de servicio universal no haya sido más que una construcción para un periodo de bonanza, cuyos gastos ocultos, sobre el plano político y moral, sólo aparezcan hoy, cuando los tiempos se han vuelto más duros.

El "desprecio de los hombres políticos", fenómeno que lleva a todo observador bien intencionado a fruncir un ceño preocupado, es un indicio de ello. "¡Pero hay que tener con-



Olof Palme (a la izquierda) y obreros suecos.

fianza!”, me conjura un profesor liberal en ciencias políticas. ¿Y por qué no, a decir verdad?

Los jóvenes no son los únicos en tener pensamientos ocultos; un malestar difícil de interpretar se extiende incluso entre los vencedores de ayer y de anteayer. Los veteranos del movimiento obrero, afectuosamente llamados *grasosserna* por los suecos, son personas que no han aprendido a mentir; enseguida se entiende por qué todo el país les ha otorgado su confianza. Al costarles expresar sus dudas, lo hacen con prudencia y en los límites de la lealtad.

Per Nyström de Goteberg, uno de los arquitectos del Estado-providencia, cita Tage Erlander: “Cuando la gente empieza a decir ‘ellos’ en lugar de ‘nosotros’, el movimiento obrero está en peligro”. Critica la concentración del poder en la cúspide de los sindicatos, la fatuidad de los burócratas y la jugarreta de los rótulos de la pretendida descentralización que consiste en desplazar de provincia en provincia a algunas de las demasiado poderosas administraciones centrales, como si bastara un cambio de dirección para solucionar el asunto.

Hans Hagnell, prefecto de Gävle, levanta un dedo mojado en el aire y dice: “¡Así hacen los políticos de Estocolmo su política!” Los sindicatos funcionarios han degenerado hasta ser tan solo autoservicios; en cuanto a las estadísticas del desempleo, solo sirven para ilusionarse a sí mismas. En cuanto a su propia función, la cumplen a contrapelo, utilizándola para imponer los intereses de la región contra la pesadez, el cameralismo y la ignorancia del poder central.

Bengt Göransson, el nuevo ministro de Cultura, que comenzó su carrera política en los movimientos populares, deplora la pérdida de la diversidad y de la iniciativa personal, consecuencia de la estatización de las necesidades sociales en Suecia. “La gente está acostumbrada a considerar la cosa pública como una compañía de seguros. El ciudadano paga su cuota y cuanto más alta es, más servicios espera en contrapartida, más pasivamente se conduce y más aislado terminará, de seguro.”

La crítica se expresa de modo mucho más radical en quienes se han apartado más radicalmente de la cultura hegemónica de la socialdemocracia. Asistí a discusiones nada moderadas entre los intelectuales de Estocolmo, que no sin ironía se llaman a sí mismos “libre-pensadores” y que están prontos a discutir de principio a fin el consenso sueco y que incluso lo consideran un deber. Otros, quizás la mayoría, se mantienen simplemente al margen, como el joven John, que dio su voto a los conservadores, aunque sin sentir la menor simpatía por ellos, porque el sindicato y sus reglas rígidas habían saboteado su formación profesional, o como el ex ministro de Industria, que ya no tiene ganas de mantenerse dentro de la defleadora de la política de los partidos y prefiere ahora escribir poemas: como los muchachos a los cuales su “hilo ardiente” les dice mucho más que cualquier programa oficial de entretenimientos y como la señora mayor que por primera vez comete un “crimen económico”, porque el tapicero que trabaja al margen de la ley es tan amable y ella tendría que pasarse sus últimos años en una casucha fea y sombría si tuviera que atenerse a los caprichos del fisco sueco.

Harald Wigforss, uno de los grandes *old men* del periodismo sueco, al que se puede encontrar en el Royal Bachelors Club de Göteborg, sigue tranquilo y sereno: “Hoy en Suecia hay por todas partes inquietud, desconfianza frente a las autoridades, movimientos de base, asociaciones de defensa de los ciudadanos, trabajo bajo cuerda, resistencia en los sindicatos y desviaciones en los partidos; en una palabra, sentimos pasar por todas partes un soplo de anarquía”.

Difícilmente podríamos decir algo preciso sobre lo que está por dibujarse así. Muchos pretenden que se trata de una especie de normalización: Suecia, que se acerca al estado de los demás países industriales, estaría por perder el papel original que desempeñó después de la Segunda Guerra Mundial. Pero quizás también se trate de un proceso de aprendizaje lento y molecular que puede conducir a resultados nuevos e inesperados. En todo caso, los que se contentan con denunciar semejante movimiento subterráneo en el plano moral condenando como un comportamiento renegado, egoísta, falta de solidaridad y de honradez todo lo que no conviene a su negocio, arreglan el asunto muy fácilmente. El rigorismo moral expresado por esta especie de sospecha, lejos de resolver el dilema al que se enfrenta la sociedad sueca, es más bien uno de sus elementos. La imagen del mundo de quien no puede representarse la política sino como un combate entre el Bien y el Mal no está simplemente a la altura de una crisis del sistema como la actual. Los eternos tutores quieren llevar a los hombres irracionales a la razón y liberarlos de su inclinación al pecado. Pero dejan de lado el problema. Cada nueva reglamentación produce nuevos desgarrones; cada medida de vigilancia destinada a disminuir el riesgo de lo imprevisto lo aumenta, y cuanto más perfeccionan la construcción de la jaula de las instituciones, menos capaz se muestra ésta de resistir las perturbaciones internas y externas.

La creciente imposibilidad de gobernar desconcierta e irrita a los responsables, y no sólo en Suecia. Pero aquí, donde el maniqueísmo tiene raíces particularmente profundas, muy pronto uno se ve tentado a limitarse a las buenas intenciones. Sólo que las buenas intenciones ya no son suficientemente buenas, cuando toda la trama en blanco y negro fracasa en resolver el problema planteado.

Cuando los ciudadanos de un país abandonan sus instituciones, cuando una parte cada vez más importante de su economía “se sumerge”, cuando se desarrolla una imaginación social del todo nueva, de la autodefensa a la autoasistencia, tiene poco sentido lamentarse de la declinación de la moral, la inestabilidad y la polarización. Todos esos fenómenos son, en primera instancia, signos de vida. La actividad espontánea de la gente, incluso incapaz de definir su propia finalidad es, ante todo, la expresión de una crítica práctica de lo que existe.

Si hay algo de cierto en todo eso, entonces la crisis sueca representa no sólo una desgracia económica a la que se le podría poner fin con el auxilio de algunos recursos técnicos. Su conclusión, que es sin duda por demás incierta, si bien da lugar a perspectivas descorazonadoras, ofrece también una posibilidad. Quizás un día logre desprender la más antigua capa, tantas veces enterrada, de la historia sueca: la primitiva roca democrática.

#### Notas

1. S.A.P.: Partido Socialista Sueco.  
L.O.: el sindicato sueco. Confederación General del Trabajo.
2. Consejero del gobierno.
3. Canciller (1612) bajo Gustavo II Adolfo, regente al comenzar el reinado de la reina Cristina, Axel Oxenstierna reformó el reino mediante la Constitución de 1634.
4. El *Bruk*: palabra que significa “manufactura, fábrica” y que designa un complejo de explotación formado por unidades de producción muy diversificadas, dirigidas por un propietario. Esas comunidades compactas, con relaciones sociales patriarcales, constituyeron el embrión de la civilización industrial en Suecia.
5. Era de la libertad (1718-1772): periodo durante el cual el poder tanto ejecutivo como legislativo es débil y Suecia está muy abierta a las ideas nuevas (pietismo alemán, racionalismo francés, etc.); reconstitución de la propiedad campesina, comienzo de reconstitución de heredades; protección de la industria mediante derechos, desarrollo del comercio; explosión demográfica).